









Cierro los ojos y veo una bandada de pájaros. La visión dura un segundo o acaso menos; no sé cuántos pájaros vi. ¿Era definido o indefinido su número? El problema involucra el de la existencia de Dios. Si Dios existe, el número es definido, porque Dios sabe cuántos pájaros vi. Si Dios no existe, el número es indefinido, porque nadie pudo llevar la cuenta. En tal caso, vi menos de diez pájaros (digamos) y más de uno, pero no vi nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres o dos pájaros. Vi un número entre diez y uno, que no es nueve, ocho, siete, seis, cinco, etcétera. Ese número entero es inconcebible; ergo, Dios existe.

En el vasto teatro de la creación, el universo se extendía como una tela infinita, bordada con estrellas centelleantes y galaxias titilantes. Era un lienzo sin límites, donde el tiempo se perdía en los pliegues de la eternidad.

En medio de esta vastedad cósmica, un humilde explorador de la mente se aventuró a contemplar la inmensidad del universo. Con su mente aguda como un cuchillo, se adentró en los recovecos de la realidad, buscando respuestas a los enigmas del cosmos.

Caminó por los senderos del espacio-tiempo, donde las constelaciones danzaban al ritmo de la gravedad, y los agujeros negros susurraban secretos ancestrales. Descubrió mundos olvidados, donde la luz se convertía en sombra y el tiempo se desvanecía en un suspiro.

En su odisea filosófica, el explorador se dio cuenta de que la verdadera inmensidad del universo no residía en sus dimensiones físicas, sino en la vastedad de la mente humana que se atrevía a explorarlo. En cada estrella, en cada galaxia, en cada rincón del espacio, encontraba un reflejo de su propia capacidad para imaginar y comprender lo desconocido.

Y así, mientras contemplaba la inmensidad del universo, el explorador comprendió que, en última instancia, era su propia mente la que le permitía abrazar la grandeza del cosmos y encontrar su lugar en él.